

DOLLY

LA NUEVA NOVELA
DE LA AUTORA
DEL BESTSELLER
INTERNACIONAL
TODO LO QUE SÉ
SOBRE EL AMOR

ALDERTON

T O D O



FINAL

ES UN

COMIENZO

booket

Dolly Alderton

Todo final es un comienzo

Traducción de Anna Valor Blanquer



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Good Material*

© Dolly Alderton, 2023

© de la traducción, Anna Valor Blanquer, 2024

© Editorial Planeta, S.A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Emma Ewbank

Ilustración de la cubierta: © Philip Pascuzzo

Fotografía de la autora: © Alexandra Cameron

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.527-2024

ISBN: 978-84-08-28747-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Verano de 2019

Razones por las que está bien no estar con Jen

No sabe bailar. No tiene nada de ritmo. Me parecía adorable hasta que vi que se reían de ella y, me sabe mal decirlo, me dio vergüenza.

Una vez oí que le decía «Quedamos para tomar un capuchino un día y lo hablamos» a mi prima adolescente, que quería consejos sobre las solicitudes de acceso a la universidad.

En general, tiene una idea bastante noventera de lo que es glamuroso, como beber cócteles o gastarse veinte libras en un plato de tallarines en un «restaurante con encanto».

Se niega a pisar el aeropuerto si queda más de hora y media para la salida del vuelo.

Ya no tengo que convencerla de que le guste nuestro piso.

Cuando se iba a correr por la tarde entraba al salón, hacía estiramientos delante de la tele, decía «¿Qué echan?» y me hacía explicarle el programa que estaba viendo, aunque ya lo co-

nociera, solo para dejar bien claro que ella salía a hacer ejercicio mientras yo miraba *Enterrado en mi basura*.

Hablaba demasiado y con demasiadas ínfulas de venir de una familia numerosa, como si tener tres hermanos hubiera sido decisión suya.

Siempre presumía de que, si le otorgaran una Orden del Imperio británico, la rechazaría por sus supuestos valores progres y republicanos, pero, cuando se lo preguntaba, nunca sabía decirme por qué iban a otorgarle una Orden del Imperio británico en esa fantasía suya.

Seguro que no rechazaría una Orden del Imperio británico si se la otorgaran.

Tardaba una hora en prepararse para acostarse, daba igual a qué hora volviera a casa, porque llevaba a cabo una rutina de cuidado facial de siete pasos, miraba apps de compras y se ponía pódcast. En cambio, solo tardaba veinte minutos en salir del piso desde que le sonaba la alarma por la mañana.

Siempre llegaba tarde cuando quedaba conmigo, pero nunca al trabajo.

No tiene carnet de conducir (infantil).

No sé cómo, siempre conseguía relacionar la trama de todas las películas que veíamos con su propia vida.

La insoportable de su hermana Miranda, que en las manifestaciones lleva pancartas absurdas hechas por ella en las que se leen cosas como LA HISTORIA NOS ESTÁ OBSERVANDO y que sé que me odia porque siempre despotricaba de «los tíos blancos

hetero» cuando venía a casa a cenar, habláramos del tema que habláramos. Antes decía «Lo siento, Andy», pero al final ya no.

Sus amigos del trabajo: aburridos, elitistas y ni divertidos ni graciosos.

Toda la cháchara sobre ser una aventurera, pero que no lo demostrara nunca. Quería tomarse un año de excedencia para viajar porque no había tenido año sabático cuando estudiaba («el año que viene»). Quería irse a vivir a París («no es un buen momento»). Quería raparse la nuca («no gustaría en la empresa»). Quería ir a una rave-orgía al aire libre («cuando se me pase un poco la alergia al polen»).

Va a la psicóloga todas las semanas y lleva yendo desde los veintinueve, pero a mí nunca me contaba de qué habían hablado y nunca me ha parecido que le pasara nada grave.

Tenía una conexión demasiado estrecha con los perros y les hablaba como si fueran personas.

Su padre es un maleducado.

Su madre es rara.

Viene de una familia a la que le gusta dar largas caminatas circulares y jugar a juegos de mesa.

Habladora hasta el punto de ser molesta y miembro del equipo de debate cuando estudiaba, lo cual me impidió ganar ninguna discusión en casi cuatro años, a pesar de tener la razón en muchas de ellas.

Siempre estaba con que si me mordía las uñas, que si me

arrancaba la piel muerta de los pies, que si tenía demasiado pelo en los agujeros de la nariz y en la raja del culo, etc., a pesar de que ella siempre se estaba toqueteando los padrastrós.

Hablaba en el cine.

Fingía que no tenía claro si quería hijos porque le preocupa el planeta, pero creo que lo que pasaba era que no quería tenerlos conmigo.

Nunca hablaba en serio sobre tener hijos, a pesar de saber cuánto deseaba yo ser padre, pero a veces, cuando hablaba con otra gente, decía: «Ese es uno de los nombres que les pondría a mis hijos».

Entre esos nombres estaban Noah, Blue (?) y Zebedee.

Es una esnob. Una vez dijo que la gente que se pone sombreros de paja en el aeropuerto para irse de vacaciones de verano le parece «provinciana».

Pasaba demasiado rato con cada objeto o pintura en los museos y me reñía si andaba por la exposición demasiado rápido.

Una vez la vi haciéndole una respetuosa inclinación de cabeza a una CUCHARILLA DE JADE en el Museo Británico.

Solo la vi llorar un puñado de veces en casi cuatro años juntos y no fue cuando cortamos.

Una de ellas fue cuando estábamos viendo un documental sobre Joni Mitchell.

Me ha destrozado la vida.

Viernes, 5 de julio de 2019

Hay un suéter y una camisa colgados del tendedero en el jardín de mi madre que parece que se dan la mano en la brisa. Yo me quedo de pie delante de la ventana de mi habitación y observo los cambios en su interacción según la dirección del viento. Los miro hasta que son exactamente las 19.03, momento en el que cojo el teléfono para llamar a la mujer a la que quiero desde hace tres años, diez meses y veintinueve días, que me dejó y me machacó el corazón como si fuera una piñata fibrosa hace ocho días y veintidós horas.

Hemos quedado en que nos llamaríamos a las siete, pero espero a que hayan pasado tres minutos para demostrarle que ya no tiene la sartén por el mango. Bajo hasta su nombre en la agenda: Jen (Hammersmith). Nos parecía gracioso: la persona con la que había decidido compartir mi vida, reducida a un distrito de Londres. Ahora que ha perdido toda ironía, no tiene gracia. Es un hecho. Estoy a punto de llamar a Jen (Hammersmith), una mujer de la que seguramente nunca me haría amigo, que vive en una parte de Londres que nunca pisaría.

—¿Diga?

—Hola —contesto, y me sale un gallo como si tuviera gaitas por pulmones—. Soy Andy.

—Ya lo sé.

—¿Ya has borrado mi número?

—¿No? ¿Por qué iba a borrar tu número?

—No lo sé, por la forma en la que has contestado y has dicho «¿Diga?», tan formal, como si fueras la recepcionista de un dentista.

—No he dicho «¿Diga?», he dicho «Diga».

—Qué va, lo has dicho como si fuera una pregunta, como si no supieras quién te estaba llamando.

—Sabía que eras tú. Hemos quedado a esta hora.

—Bueno, pensaba que, como te estaba llamando más tarde de lo que habíamos dicho...

—Hemos dicho a las siete —dice animada—. Además, me sé tu número.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Al principio lo borraba muchas veces y terminé memorizándolo sin querer.

Pienso en la conversación que tuvimos cuando llevábamos unos meses de relación, justo después de habernos dicho que nos queríamos por primera vez. Confesó que borraba mi número cada vez que le mandaba un mensaje, para no ver mi nombre en el móvil y obsesionarse con cuándo volvería a escribirle. No entiendo cómo puede estar pasando esto. Quiero volver ahí. ¿Cómo viajan en el tiempo en las pelis? Haré lo que sea. Caer de una gran altura. Electrocutarme. Meterme en un armario y dar diez vueltas sobre mí mismo. Reprimo el sollozo y suena a hipo.

—Ay, Andy —dice.

—Estoy bien —contesto, y vuelvo a graznar como una gaita—. ¿Qué tal en casa de Miranda?

—Bueno. El cuarto de invitados ha pasado a ser el de la

niña, así que a mí me toca dormir en el salón en un colchón hinchable, pero no pasa nada.

—¿Estás rodeada de carteles en los que pone «La historia nos está observando»?

—Pues no —dice.

Una de nuestras bromas favoritas, extinguida junto con nuestra relación. Solo podíamos hacerla cuando estábamos compinchados, cuando nuestro vínculo era tan estrecho que su familia era como mi familia, aunque me pusieran de los nervios. En cambio, ahora ella se ha cambiado de bando. Ya no soy familia suya, ya no jugamos en el mismo equipo. Solo soy un tío de las Midlands del que seguramente nunca se haría amiga y que se mete con su hermana.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta.

—Está bien, te odia. En su clase de zumba están tramando tu muerte. —Otra pausa ártica—. Pues destrozada, claro.

—¿Puedo escribirle una carta? Y ya no volveré a ponerme en contacto con ella, te lo prometo. Solo quiero despedirme.

—Le gustará. Te adora.

—Nunca he conocido a una madre como la tuya.

—Yo también te adoro.

Más silencio. Me saco un cigarro del bolsillo y lo enciendo.

—¿Estás fumando?

—Sí.

—Para, Andy, te esforzaste mucho por dejarlo.

—Me da igual —suelto, esperando sonar como un malote de película.

Inhalo y siento el peculiar alivio de los pulmones al tensarse.

—Yo también he vuelto. Puede que me fume uno si tú estás fumando. —Oigo como rebusca en el bolso—. Es raro estar aquí. Dormir en el suelo. Fumar y beber todo lo que quiero. No ver a nadie. Es un poco como si fuera Navidad.

—¿Como si fuera Navidad?

—Sí. Como si, no sé, el mundo se hubiera parado durante un tiempo.

No digo nada.

—Ya sabes lo que quiero decir —añade.

—La verdad es que no. Porque a mí me parece lo contrario a la Navidad.

—¿Qué es lo contrario a la Navidad?

—No lo sé. ¿Pascua? ¿El peor cumpleaños de la historia? ¿Mi propio entierro, pero estando vivo?

—Andy... ¿Podemos intentar evitar la histeria? Sé que para ti esto es horrible, para mí también, pero muchas parejas cortan.

—¡Para de decir eso! Para de decir «muchas parejas cortan» como si fueras una encuesta del Gobierno o alguien a quien entrevistan por la calle para un reportaje del telediario.

El orgullo me impide decirle lo que quiero decirle en realidad, que es que «muchas parejas cortan» es una frase que solo reconforta a la persona que deja la relación. Ya no está enamorada y no quiere sentirse culpable por ello. Lo sé porque yo mismo la he usado sin pensar en lo inútil que es para la otra persona.

—La psicóloga me ha propuesto que esta semana haga una cosa que me ha parecido útil y creo que a ti también te lo parecerá.

—La psicóloga te sugirió que yo escribiese «una carta a mí ego», así que lo siento si no me muero por saber qué consejo te ha dado.

—¿Quieres que te lo cuente o no?

—Dime.

—Dice que, cuando termina una relación, es útil escribir una lista de razones por las que es bueno no estar juntos.

—No puedo escribir esa lista porque quiero que estemos juntos.

—No creo que quieras.

—Sí, es justo lo que quiero.

—Intenta escribir la lista. Creo que te ayudará a separar la fantasía de nuestra relación de la realidad. Creo que en el fondo sabes que no funcionaba.

—Me parece increíble que seas tan cínica —digo—. Nunca te había oído decir algo así.

—Solo intento ayudarnos a pasar página a los dos.

—Da igual. No vale la pena hablar más del tema. —No soy capaz de enderezar el rumbo de esta conversación, voy dando bandazos de la desesperación a la indiferencia. Quiero que sepa cuánto la quiero y, a la vez, quiero que piense que ya me da igual nuestra relación. No sé muy bien qué resultado espero. Ojalá no me hubiera bebido tres cervezas—. No creo que estas llamadas nos estén ayudando —digo.

—Yo tampoco.

—Igual deberíamos quedar en no hablar en un tiempo.

—Si es lo que quieres... —dice.

—Es lo que quiero.

—Vale —dice, y le da una calada profunda al cigarro—. ¿Ya se lo has dicho a Avi?

—No.

—Andy.

—Se lo diré cuando esté listo. Por favor. Me gustaría tener un mínimo poder de decisión en esta ruptura.

—¿Con quién lo hablas?

—Tú eres la única con la que puedo hablar de esto —le digo, repugnado por la desnudez de mi amor—. Por favor, que Jane no se lo cuente antes que yo.

—Me ha jurado que no se lo dirá, pero no puede guardárselo mucho más. Es tu mejor amigo. Puede ayudarte a procesarlo.

—No funcionamos así, Jen, pero gracias. —Hay una pausa que espero a que llene. No lo hace—. Bueno, pues adiós, supongo —digo con una alegría cansada—. Si tenemos que hablar de cosas del piso o de lo que sea, por mensaje y ya está.

—Sí, vale —contesta sin levantar la voz—. Cuídate.

—Te quiero, Jen.

Oigo como sopesa los riesgos de decirme lo mismo, con la psicóloga encima del hombro diciéndole cosas sobre dependencia y sobre poner límites.

—Un abrazo —contesta.

Le cuelgo.

Mi madre entra en la habitación con dos tazas y yo tiro el cigarro por la ventana.

—Pensaba que solo fumabas cuando bebías —dice mientras deja una taza en la mesita de noche y se sienta al borde de la cama con la otra entre las manos.

—Me he bebido tres cervezas y no son ni las ocho.

—No pasa nada, dadas las circunstancias.

Me siento a su lado y cojo la taza con el texto «¡Soy del Aston Villa y esta taza es el único trofeo que ganaré este año!» estampado en la parte de delante en Courier New de color burdeos.

—El té sabe a almendra amarga.

—Le he puesto un chorrito de Disaronno —dice.

La rodeo con el brazo y ella se apoya en mí y me huele la camiseta.

—¿Apesto a tabaco?

—Sí —dice, y entierra la cara en mi hombro—. Dios, qué bueno.

—Jen quiere escribirte una carta. Le he dicho que puede hacerlo. Espero que te parezca bien.

Asiente.

—La quiero mucho.

—¿Más que a mí?

Se lo piensa.

—Un poquito más. Me compró unas velas chulísimas.

—Vale, lo entiendo.

Se levanta de la cama y va hasta el reproductor de CD azul y plateado, lleno de arañazos tras décadas de uso. Coge una caja de CD y saca el disco.

—Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Me encanta tenerte en casa.

—Gracias, mamá. —Un tintineo y una oleada de cuerdas templan la habitación—. ¿Qué has puesto?

—*In the Wee Small Hours*. El mejor disco de ruptura de todos los tiempos. —Vuelve a sentarse a mi lado—. Escúchalo todos los días hasta que te sientas mejor. Yo lo escuchaba sin parar cuando se fue tu padre.

Me imagino a mi madre sintiéndose así, pero conmigo recién nacido, sin poder prepararle un té ni rodearla con el brazo ni ponerle discos. Me da una palmadita en la espalda y se levanta con cierto esfuerzo, como hace desde que cumplió los sesenta. La voz de Frank Sinatra me consuela al momento, el sonido de todos los diciembres. Una voz de las que te permiten creer en un mundo alternativo de lujo y elegancia y cortejo y orquestas de cuerda.

—Parece Navidad —digo.

—¡Me alegro! —responde ella, y cierra la puerta al salir.

Voy hasta la ventana y miro el tendedero. Las mangas se van buscando por turnos mientras bailan al viento. Desde que me dejó, todo es una señal. Todo es una pista más para ayudarme a entender lo que está pasando.

Pienso en nuestro primer beso en la puerta de su casa.

Pienso en nuestra primera discusión y en la última y en todas las de en medio.

Pienso en los primeros regalos de cumpleaños que nos dimos.

Pienso en su labio superior y en la peca que tiene al lado y en

cómo parece que le cambie la forma de la nariz según hacia dónde la gira.

Pienso en la primera noche que pasamos juntos en nuestro piso: entrar con ella en brazos, las habitaciones vacías, la comida tailandesa, demasiado vino tinto, una discusión ebria sobre la necesidad de tener un revistero, el polvo risueño que echamos en el suelo.

Pienso en los primeros seis meses en los que compartimos cama y en cómo se dormía sobre mi pecho mientras la rodeaba con los brazos y en que nos despertábamos exactamente en la misma posición.

Pienso en la postura en la que dormíamos cuando estábamos a gusto: dándonos la espalda, culo con culo.

Pienso en la primera vez que la hice reír y en que ese sonido será siempre el más satisfactorio del mundo para mí, mejor incluso que las risas del público.

Pienso en la posibilidad de no volver a oírla reírse nunca más, de no volver a comprarle un regalo de cumpleaños, a intentar adivinar qué quiere de la carta de comida para llevar, a escuchar sus secretos ni a besar los pétalos de sus párpados.

Hago una foto con el móvil del suéter y la camisa, por si se me olvida qué se siente cuando te quieren. Cierro las cortinas y me meto en la cama en la que llevo durmiendo desde que era pequeño. Y lloro y lloro y lloro y lloro.